



LAS MUJERES

DE

LA INDEPENDENCIA

POR

VICENTE GREZ



SANTIAGO
IMPRESA GUTENBERG
CALLE DE JOFRÉ N.º 8½.
1878

Reseña

Esta obra está basada en la vida de varias mujeres gravitantes en el Chile de comienzos del siglo XIX, que participaron directamente en la Independencia Nacional. Vicente Grez Yávar no sólo apunta rasgos biográficos de las protagonistas, sino que proyecta y comparte el espíritu de los gestores del proceso independentista chileno, posicionando a estas mujeres en el rango de heroínas de la patria. En el prólogo de esta obra, Grez dice:

"Se ha creído siempre que la mujer chilena nació exclusivamente para el encanto i el cariño del hogar, para la administración doméstica, para el cuidado de los hijos, cuando ha sido ella la que ha trasmitido de jeneración en jeneración las nobles virtudes que constituyen los distintivos esenciales de nuestro carácter: el amor a la patria que principia en la familia, el valor personal hijo de las convicciones heroicas, la moralidad pública i privada, fruto de los buenos ejemplos(...) hemos querido recordar en estas páginas algunos de los sacrificios heroicos que realizaron las mujeres de la independencia, aquellas mujeres que amaban el deber más que sus comodidades, la patria más que la familia, la gloria más que la seda i los encajes".

Índice

1. La generación de 1810
2. Camilo Henríquez.-Su influencia sobre las mujeres.
3. El Salón en 1810. Belleza y dominio de las mujeres. Ana María Cotapos. Javiera Carrera.
4. Los colores nacionales.-El gran baile de los Carreras
5. Luisa Recabarren.
6. Águeda Monasterio.
7. Rosario Rosales. Ejemplo sublime de amor filial
8. Mercedes Fuentecilla
9. Las mujeres saben callar
10. Paula Jara Quemada
11. Manuela Rozas.
12. María Cornelia Olivares.
13. Candelaria Soto
14. Antonia Salas. El ángel de la caridad.
15. El gran día de O'Higgins.
16. El último cañonazo de Maipo.
17. Las heroínas anónimas
18. A las mujeres. (Final.)

Biografía

Capítulo 1

La generación de 1810

Si se hubiera dicho a principios de este siglo a uno de aquellos avanzados políticos y filósofos que ya meditaban en la revolución:

«Es necesario que deis a vuestras hijas una educación esmerada, ellas pueden llegar a ser tan útiles a la familia y la sociedad como vuestros hijos varones»...

es seguro que aquel hombre tan ilustrado os hubiera oído sin comprenderos y os hubiera mirado fijamente, compadecido de vuestra demencia.

Se ha creído siempre que la mujer chilena nació exclusivamente para el encanto y el cariño del hogar, para la administración doméstica, para el cuidado de los hijos, cuando ha sido ella la que ha transmitido de generación en generación las nobles virtudes que constituyen los distintivos esenciales de nuestro carácter: el amor a la patria que principia en la familia, el valor personal hijo de las convicciones heroicas, la moralidad pública y privada, fruto de los buenos ejemplos.

Por más amigas del lujo y de la ostentación que sean nuestras mujeres, son siempre económicas y arregladas. Hay orden en su derroche: entre nosotros no se ven maridos arruinados por sus esposas, ni padres arruinados por sus hijas; pero se ven frecuentemente mujeres arruinadas por sus esposos y padres arruinados por sus hijos. Entre nosotros la mujer es siempre lo que el hombre quiere que sea.

Pero las más nobles cualidades del carácter de la mujer chilena permanecieron desconocidas hasta la grandiosa época de la revolución. Fue solo entonces cuando se presentó en todo su relieve el alma de la mujer chilena. De en medio de la atmósfera conventual en que había vivido, de entre el misticismo de la edad colonial, nacieron ¡fenómeno extraño! esas mujeres varoniles, heroínas tan grandes como los generales de la revolución,

y a quienes los hombres todavía no han levantado estatuas, como si la abnegación y el heroísmo de las mujeres no fueran dignos del bronce y del respeto de los pueblos.

Tal vez esas virtudes solo se recompensan en los hombres, ¡porque son más escasas entre ellos! Muchas veces hemos querido explicarnos el hecho sorprendente de cómo nació de aquellas mujeres creadas bajo el régimen colonial la gloriosa y fecunda generación de 1810 que derramó su sangre por la libertad de la patria, y que hasta ahora nos asombra por su fuerza singular, la exuberancia de vida que en ella dominaba, su valor heroico y los elevados pensamientos que la engrandecieron. ¡Ah! era que nuestras mujeres ya habían principiado a educarse, como lo manifiestan las muchas mujeres instruidas que figuraron en la revolución; era también que las grandes ideas de los filósofos del siglo XVIII llegaron hasta ellas, y fue tanto más poderosa la impresión que recibieron cuanto más hondo era el abismo de ignominia y de esclavitud en que vivían. Del contraste de esas dos situaciones brotaba sin duda un gran pensamiento, una aspiración sublime por crear una patria independiente y libre, y fue tal vez en ese momento supremo en que, engrandecidas por una idea divina, nació la gigantesca generación de 1810.

Hoy...hoy se asegura que la vida moral languidece, que el lujo ha llegado a corromper a nuestras mujeres haciéndolas amar la fortuna más que la gloria, las comodidades materiales más que la virtud y la abnegación.

Si eso fuera verdad, seríamos un país en ruina: cuando se corrompe el corazón de la mujer, se llega al embrutecimiento general de la sociedad, se pierde el entusiasmo y la fe, viene la decadencia de las opiniones de la literatura, y del arte, ¡la ruina en todo!

¿Cómo soportaríamos las desgracias que nos sobrevinieran en una lucha como la de 1810? Aquellas mujeres aceptaron todos los sacrificios; éstas los aceptarían? ¿Los aceptarían hoy que el culto del dinero ha llegado a ser no solo la religión de los hombres sino también la religión de las mujeres? Hoy

que tanta importancia se da a la vida suntuosa y en que tan difícil se hace desprenderse de lo superfluo.

Por eso hemos querido recordar en estas páginas algunos de los sacrificios heroicos que realizaron las mujeres de la independencia, aquellas mujeres que amaban el deber más que sus comodidades, la patria más que la familia, la gloria más que la seda y los encajes. Y si es verdad que es útil recordar las grandes acciones porque ellas retemplan los espíritus y alimentan el fuego sagrado del entusiasmo, estas páginas pueden ser útiles.

Capítulo 2

Camilo Henríquez

Su influencia sobre las mujeres.

En los días de incertidumbres y de temores que antecedieron a la declaración de la independencia, los hombres más atrevidos vacilaban y temían: vacilaban en presencia de lo enorme de la aventura; temían el fracaso de la empresa que sería la caída de sus cabezas. Los más audaces se mantenían en una semioscuridad asomando apenas el perfil de su fisonomía a la luz clara de la aurora revolucionaria.



Fray Camilo Henríquez González

Martínez de Rozas reconocía la soberanía de Fernando VII, creía que la América le pertenecía en propiedad siempre que viniera a establecerse en el centro de sus vastos dominios; don Manuel Salas iba más lejos todavía,

declaraba que los chilenos debían obediencia a Fernando VII una vez que fuera restituido al trono español, y que él sería el primero en prestarle esa obediencia. Don Bernardo Vera, uno de los hombres de mas ingenio de su época, viéndose acusado de traición y encerrado en un calabozo, imploró la clemencia de sus jueces con tanta humillación y cobardía, que nos hace ruborizar a través de tres cuartos de siglo.

En medio de estas caídas vergonzosas, de estas vacilaciones supremas, de estas timideces impropias de hombres que se habían comprometido en una empresa audaz y gloriosa, la revolución corría el riesgo de fracasar si no se presentaba uno de esos salvadores providenciales, uno de esos caracteres poderosos que dominan los sucesos, que levantan el espíritu público a la altura del heroísmo y de los sacrificios. No era posible realizar la independencia por medio de declaraciones indirectas, ni era posible mover las masas que se lanzan a las grandes luchas, empleando pequeños resortes más propios de la intriga cortesana que de soldados y apóstoles de una gran causa. Ese hombre destinado a desempeñar tan importante papel apareció en medio del sombrío des- concierto que amenazaba a la revolución; y para que su influencia fuera más eficaz y pudiera descender hasta las masas ignorantes y fanatizadas, apareció rodeado de un carácter inviolable: era un fraile de la Buena Muerte, llamado Camilo Henríquez.

A la aparición de Camilo Henríquez, todas las falsas protestas de adhesiones a la reyecía se extinguieron como por encanto: a las cobardes vacilaciones sucedió la propaganda desenmascarada y audaz que imprimió a la lucha este carácter indomable. Hubo un violento cambio de escena. Todos comprendieron desde el primer momento el papel grandioso que este hombre iba a desempeñar. Se notó un movimiento general de asombro y de curiosidad. Parece que aquella generación se hubiera empinado para ponerse a la altura del nuevo apóstol.

Camilo Henríquez llegó asegurando que en el libro eterno de las naciones estaba inscrito el nombre de un pueblo nuevo, de una *República de Chile*,

nacida a la libertad para engrandecimiento de la humanidad. Declaraba con franqueza y energía la necesidad de la independencia absoluta, fulminaba a Fernando VII y a toda la raza de los Borbones calificándolos de tiranos y de autores de todas las desgracias de sus pueblos, ponía en relieve el hecho ridículo de que los chilenos, pudiendo gobernarse por sí mismo, fueran a solicitar la dirección de sus propios negocios a tiranos incapaces, a gobiernos arbitrarios y corrompidos que vivían a tres mil leguas de distancia de nuestro suelo.

Este lenguaje nuevo, valiente, verdadero, envalentonaba a los tímidos y exaltaba a los apasionados. Los escritos de Camilo Henríquez no solo se desparramaron por nuestras ciudades sino que pasaron pronto la frontera de nuestro territorio y en Londres misma eran dados a la publicidad en junio de 1811.

Este hombre de carácter, que fue el primero en lanzar audazmente la gran palabra de *independencia* que los más valientes tenían oculta en el fondo de su alma, tuvo también sus horas de flaqueza, dejándose contagiar por el temor que dominaba a los gobernantes del país, por los peligros que podría traer una actitud demasiado clara y sobre todo hostil a los derechos de Fernando VII, lo que explica el por qué en el primer número de *La Aurora* se veían estas palabras: *¡Viva la Unión, la Patria y el Rey!* tributo pagado a las preocupaciones de la época. Pero pronto volvió a tomar la pluma del austero y valiente revolucionario i, desde entonces no se apartó de la senda que le trazaron sus puros antecedentes y su poderosa razón.

Además de su gran misión en la prensa, Camilo Henríquez ejerció una influencia beneficio en el pueblo: contribuyó a dar cierto carácter sagrado a la revolución. Aquella generación nacida a la sombra del fanatismo colonial, víctima de todas las viejas supersticiones, acostumbrada a ver en el sacerdote al supremo juez de sus destinos, no pudo menos de creer justa y salita la causa revolucionaria que sostenía con tanta fe y entusiasmo ese fraile sublime. Las mujeres sobre todo eran misteriosamente arrastradas por

aquella figura pálida y sentimental, de ojos ardientes y de sonrisa melancólica; las costumbres puras de Camilo Henríquez alejaban la natural desconfianza que su propaganda antirreligiosa podría despertar; no se le temía, porque se revelaba en su fisonomía el alto ideal que constituía la aspiración de su vida. La sotana negra que vestía, con una cruz roja sobre el pecho, único traje de esa especie que se veía en toda la milicia sacerdotal, contribuía también a hacer de él una figura única.

Los servicios que con su influencia entre las mujeres prestó Camilo Henríquez a la causa de la independencia, fueron inmensos: su actitud al frente de la revolución debilitaba la propaganda subterránea que hacía una parte del clero a favor de los derechos del monarca español, al cual creía vinculado su poder y prestigio.

Capítulo 3

El salón en 1810

Belleza y dominio de las mujeres. Ana María Cotapos. Javiera Carrera.

Los salones de 1810 fueron las academias revolucionarias en cuyo seno se agitaban las grandes y fecundas ideas que realizaron todos los prodigios de la independencia. En aquella época de sacrificios y de peligros, los hombres necesitaban comunicarse recíprocamente todas sus esperanzas a fin de mantener vivo el calor de su entusiasmo y de su fe.

Las mujeres eran el alma de estas reuniones peligrosas, y preciso es declararlo en su honor, jamás la fragilidad y ligereza de su sexo las llevaron a cometer una indiscreción. Entonces supieron guardar graves e importantes secretos. Parecía que desde el primer momento comprendían el papel que les estaba reservado en la revolución, pues se necesitaba de todo el encanto, de toda la fascinación que ellas ejercen en el espíritu del hombre, para mantener vivo el heroísmo de la gran lucha y la resolución de morir o vencer a todo trance.

Y esas mujeres que mecieron la cuna de la libre patria, eran dignas de inspirar los más elevados sentimientos: parece que la naturaleza, en aquella primera aurora de libertad, se hubiera complacido en hacerlas más bellas y esforzadas de lo que son y fueron jamás. Tan apasionadas o más: que los hombres, deseaban que las teorías revolucionarias se convirtieran pronto 'en hecho, querían ver formarse una gran patria y ser ellas las que dieran vida y aliento a los nuevos héroes. Los hombres que figuraban en la revolución, la mayor parte, muy jóvenes y muy hermosos, llevaban en su corazón un doble ideal, el de la patria y el de la mujer amada, y por eso fueron directamente a la victoria.

Se conservan como tipo de suprema belleza las fisonomías de muchas de las mujeres que en aquella época figuraron por la influencia que les daban- Su posición social, sus talentos y energía, sus virtudes domésticas o el amor que

inspiraron a los más célebres caudillos. María Graham, la ilustre viajera inglesa que ha escrito tan hermosas páginas sobre nuestra vida de entonces, manifiesta su admiración en presencia de algunas de las mujeres que conoció; refiriéndose a la esposa de Juan José Carrera, la bella Ana María Cotapos, dice que al verla le pareció más que una mujer «un sueño de esos que aparecen en la fantasía del romance.



Ana María Cotapos de Carrera

Sus ojos cautivaban y seducían a la vez; poseía una boca que ningún pintor ni el cincel de la escultura habría igualado en las *Hebes y Gracias* imaginadas por el arte." Y sin embargo en esa época, cuando María Graham la conoció,

Ana María Cotapos era ya una viuda de treinta y dos años y su belleza debía estar ajada por los sufrimientos y las desgracias. ¡Qué ideal no realizaría esa mujer en los años de su espléndida juventud!

Y el corazón de esta mujer admirable era todavía más hermoso que su fisonomía: tierna, sensible, enamorada de su esposo, hizo del matrimonio una vida de sacrificios y de esfuerzos heroicos. Sus cartas escritas en los días de proscripción son conmovedoras y afectuosas y revelan en cada línea la profunda pasión que la dominaba; leyéndolas ahora, después de medio siglo, uno cree sentir el calor de aquel gran corazón.



Francisca Javiera Eudoxia Rudecinda Carmen de los Dolores de la Carrera y Verdugo, mejor conocida como Javiera Carrera.

No fue menor el asombro que otros ilustres viajeros experimentaron en presencia de Javiera Carrera. «Parecía una reina destronada», dice uno que la conoció en sus últimos tiempos. En efecto, pocos nombres femeninos de la

historia americana están envueltos en una atmósfera de gloria y desgracia semejante a la que rodea al de Javiera Carrera. Un nacimiento ilustre, una belleza de reina que hacía inclinarse ante ella a los más indomables capitanes de la revolución, una frente elevada que nunca consiguieron inclinar las tremendas desgracias que la azotaron, ojos en los cuales centelleaban todas las borrascas del alma, un talento y una instrucción notables para una mujer de su época, y un valor, una abnegación y constancia dignas de un conquistador. Todos, estos dones de la naturaleza, suficientes para hacer de esa mujer una gran figura, fueron después realzados por el martirio, por la sombra del patíbulo de los Carreras, que ha dado a ese apellido un tinte de melancólica grandeza.

Así, dominando en los salones mujeres tan brillantes, se comprende cómo los hombres de aquella época les concedieron influencias políticas en la marcha de los acontecimientos y como el espíritu de aquella generación se elevó tan alto. Se habría querido ser un héroe solo para atraerse la admiración y el aplauso de semejantes mujeres.

A la edad apenas de veinte y cinco años ya era doña Javiera Carrera uno de los consejos y uno de los brazos de la conspiración libertadora. Su salón fue el verdadero hogar de la revolución. Allí se concentraron, buscando un confortable abrigo, todos los hombres y todas las ideas de la época; allí fermentaban las cabezas y tomaba cuerpo y bríos la revolución.

Fue en este salón, mitad club y mitad asamblea, a donde una noche se desplegó a la vista de los concurrentes emocionados el nuevo estandarte de la patria, que debía reemplazar al español, y que se conoce en la historia con el nombre de la bandera de la *patria vieja*. Esa gloriosa insignia compuesta de tres listas azul, blanca y amarilla, fue confeccionada por manos femeninas y según todas probabilidades la idea fue obra exclusiva de doña Javiera Carrera. A la mañana siguiente se veía izada esa bandera al frente de algunos edificios públicos. Los revolucionarios, sin hacer el menor ruido ni ostentación, habían derrocado en una mañana el pabellón español que desde

hacía tres siglos flotaba sobre la fachada del palacio de los capitanes generales.

La república tenía ya su símbolo.

Se ve por ese paso tan atrevido la poderosa influencia que esta mujer ejercía en la revolución. Alma ardiente y apasionada, amaba la acción y desafiaba el peligro. Tenía por la gloria un amor loco. Casada dos veces con hombres que le eran muy inferiores como talento y carácter y ella que hubiera querido ser ¡la esposa de un héroe! reconcentró en sus hermanos todos sus sueños de predominio. De aquí tal vez que amara en la revolución, más que la grandeza humanitaria de la empresa, la brillante posición que iba a dar a su familia haciéndola árbitra de los destinos del nuevo estado: por eso se la vio siempre atrevida e infatigable lanzando a sus hermanos en aventuras de una audacia loca. Creía que no era egoísta porque su pasión le impedía ver el límite en que la ambición, cuando es gloriosa, se confunde con los grandes intereses de un pueblo. "Si hubiera sido un poquito egoísta no estuviera envuelta en ruinas-de que nadie puede librarme," escribía de Buenos Aires a su hermano José Miguel en setiembre de 1817. No era efectivamente egoísta en el sentido material; era generosa y jamás se detuvo ante un sacrificio; pero tenía el egoísmo de su gloria y de su nombre.

En el círculo de la familia dominaban completamente sus opiniones. Sus tres hermanos, José Miguel, Luis y Juan José, a pesar del valor temerario que los distinguía, eran de una índole suave, sentimental, romántica; José Miguel que había desafiado solo con su espada al rey de España, obraba, sin embargo, muchas veces exclusivamente tajo la inspiración de su hermana y no hay duda que ella contribuyó en gran parte a perderlos. Sería tal vez una gran crueldad suponer que dos de los tres patíbulos fueron su obra., a pesar de que la historia tiene de estas crueldades en cada una de sus páginas.

Pero, el destierro y la desgracia purificaron a esta mujer de las faltas que tal vez cometió.

Jamás se ha visto llevar en el corazón un recuerdo más doloroso durante una vida más larga. Vivió 80 años; lo que es una grave falta en una mujer, especialmente en una mujer del gran mundo.

Capítulo 4

Los colores nacionales. El gran baile de los Carreras

¿Cuándo se enarboló por primera vez la bandera tricolor de la república?

Un historiador de traje talar, el reverendo fray Melchor Martínez, consigna en su *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, que el glorioso tricolor fue enarbolado por primera vez el 30 de setiembre de 1812; aniversario de la instalación del primer gobierno nacional. Otros historiadores sostienen que el estreno se efectuó en las fiestas de Corpus de 1813; pero el *Monitor Araucano*, anterior a esa fecha, manifiesta que la bandera blanca, azul y amarilla guiaba al ejército patriota antes de aquella fecha.

Camilo Henríquez, que escribía magnífica prosa y detestables versos, compuso unas cuantas estrofas a la exhibición del estandarte en la expresada fiesta de Corpus - estrofas que no reproducimos por respeto a la memoria del célebre escritor-en las que se asegura que el estandarte tricolor había ya conducido a la victoria al ejército patriota en los campos de San Carlos y Yervas Buenas, es decir, el 26 de abril y el 15 de mayo de 1813.

La adopción de ese emblema de la nueva nacionalidad produjo un verdadero entusiasmo y su estreno público fue considerado como la franca y resuelta iniciación de una nueva era.

Los colores del estandarte nacional se popularizaron de tal manera que el llevarlos las señoras en sus vestidos llegó a ser una señal de buen gusto, de distinción y de homenaje a las ideas dominantes; los trajes de los niños se embellecían también con lujosas cintas tricolores. En aquella época la forma no era como hoy una cuestión accesoria, y los asuntos al parecer más insignificantes revestían un carácter de augusta solemnidad cuando se relacionaban con la patria.

El 16 de julio de 1812 se declaró que todas las clases del estado secular usasen la escarapela tricolor que ya se había dispensado al ejército. Este emblema de la nueva nacionalidad era también un lazo fraternal que debía

unir a todos los defensores de su soberanía. Estas cosas que hoy tal vez podrían estimarse como niñerías, como medidas fútiles, dan a conocer el corazón de nuestros padres, sus inquietudes, su celo, sus zozobras, y uno se siente dominado y conmovido por el respeto que merecen tales sentimientos.

Estas manifestaciones emblemáticas en obsequio de la nueva patria tuvieron una alta importancia durante el gobierno de los Carreras que se empeñaban en derribar todos los viejos símbolos de la tiranía: los Carreras querían rejuvenecer a la vieja sociedad colonial dando vida y animación a los salones, poniendo a las rancias marquesas del antiguo régimen en contacto con las jóvenes damas que por su inteligencia, su instrucción, e los servicios que prestaban sus padres o esposos a la revolución, estaban en situación de adquirir o habían ya alcanzado un nombre ilustre.

No fue ajeno a estos propósitos el gran baile que los Carreras organizaron en celebración del aniversario de la instalación de la primera Junta Nacional el 18 de setiembre de 1810.

Ese baile que fue uno de los acontecimientos de la época, tuvo lugar en el palacio de la Moneda, cuyos salones fueron arreglados por una comisión de damas-a cuyo frente estaba Javiera Carrera-con una elegancia desconocida entre nosotros.

Ese baile que fue uno de los acontecimientos de la época, tuvo lugar en el palacio de la Moneda, cuyos salones fueron arreglados por una comisión de damas-a cuyo frente estaba Javiera Carrera-con una elegancia desconocida entre nosotros.

«En la portada principal del palacio de la Moneda, dice un historiador hablando de dicha fiesta, se había colocado un lienzo ovalado en el cual se había pintado el nuevo escudo de Chile. Este consistía en una columna dominada por un globo, sobre el cual había cruzadas una lanza y una palma. Al lado izquierdo de la columna estaba un gallardo joven vestido de indio; y a la derecha una hermosa mujer con el mismo traje. Encima de todo y a

alguna distancia, se elevaba radiante una estrella. En la parte superior se leía: *Post tenebras lux*; y en la interior: *Aut consilio aut ense*. Había entonces en el segundo patio de la Moneda, frente a la entrada, una gran ventana que tenía una primorosa reja de fierro con el escudo real de España. Se pusieron muchas, luces detrás de aquella reja, habiéndose cuidado de cubrir con hojas de lata el escudo real, que así formaba una mancha oscura en medio de un espacio resplandeciente. «Era evidente, murmuraban los realistas, que con tal fantasmagoría se deseaba simbolizar el ocaso de la monarquía ¹>>. En otra parte del salón se leía esta inscripción en letras doradas:

1810

ÚLTIMO AÑO DEL DESPOTISMO.

Una mano realista agregó debajo:

Y PRINCIPIO DE LO MISMO.

refiriéndose a la personalidad altanera i-dominante de los Carreras.

Fue notable el número de mujeres que asistió a este gran baile, distinguiéndose entre todas Javiera Carrera que ostentaba en su cabeza una guirnalda de perlas y diamantes, de la cual pendía una corona trastornada. ¡Hermosa y significativa alegoría!

Otra gran dama, Josefa Aldunate, vestía de *Libertad*; Mercedes Fuentecilla, de *Aurora*, (la aurora de la nueva patria), otras de indias, recordando tal vez a los antiguos y tenaces defensores de esta tierra.

Entre los hombres se veían también elocuentes alegorías. Luis y José Miguel Carrera llevaban una corona de oro bordada en sus sombreros, sobre la cual caía con violencia una espada que debía partirla.

En aquella fiesta fantástica se hizo pública y valiente ostentación del deseo que a todos dominaba: la independencia. Hombres y mujeres se

confundieron en un solo pensamiento, en un estrecho abrazo, en una eterna promesa. Esa alegre fiesta no simbolizaba el placer sino el sacrificio; tal vez todos juraron mentalmente cumplir con su deber, y ¡todos cumplieron su juramento, hasta las mujeres!

Capítulo 5

Luisa Recabarren

Uno de los salones más célebres durante la época de la independencia fue el de la señora Luisa Recabarren de Marín, no solo por la hermosura y talento de la dama que en él hacía los honores, sino muy principalmente por la importancia de las personas que ahí se reunían.

Podría decirse que ese salón fue el verdadero centro de los hombres de letras y de los pensadores de la revolución. Camilo Henríquez descollaba en él como figura extraña y dominante; su conversación animada y fecunda agradaba a todos, especialmente a las mujeres a quienes seducía el contraste de la palabra ardiente con la fisonomía melancólica del fraile. Parecía un hombre dominado por una profunda pasión: sí, padecía del mal de patria; seguían después el doctor Vera, que podríamos llamar el poeta de la revolución; hombre fino y amable, tímido ante la lucha, pero que no carecía de cierto valor en medio de la acción; Argomedo, carácter frío en apariencias pero apasionado en el fondo; Mackenna, figura caballeresca y galante, que tan trágico fin había de tener en el duelo con Luis Carrera; Irisarri, crítico y polemista eminente y diplomático hombre de estado. Tales eran las figuras principales de aquel salón histórico.

En medio de esa sociedad brillante, Luisa Recabarren ejercía el encantador dominio que da la belleza unida a las altas dotes del espíritu y del corazón. Seducido por tantos atractivos, un hombre de mérito, don Gaspar Marín, que después había de representar un gran papel en la revolución, la hizo su esposa. Ella se casó enamorada; había encontrado por fortuna un hombre que realizaba sus sueños de mujer; Marín, casi tan joven como ella, poseía además esa otra juventud eterna que jamás se marchita con los años, la juventud de las grandes ideas y deseos.

En 1810, al iniciarse la revolución, Marín tenía 33 años ² y a pesar de su juventud era uno de los hombres mejor preparados por el estudio para

lanzarse en medio del torbellino de la gran lucha. Carácter firme, valiente, siempre dueño de sí mismo, sus compañeros de colegio le habían bautizado con el título de *el romano*. En su juventud su lectura favorita había sido las *Vidas de Plutarco*, o la *Biblia de dos fuertes*, como dice Michelet. Después se apasionó de Rousseau, bebiendo en él su elocuencia y sus principios.

La intimidad de Luisa con aquel hombre ilustre contribuyó a desarrollar sus fuerzas intelectuales elevándolas a una grande altura. Fue una de las mujeres de su época que conoció mejor la literatura francesa, cuyo idioma poseía con perfección brillante en la conversación y en la polémica, discutía cualquier asunto social o histórico, político o religioso, con una elevación de criterio que asombraba a los hombres eminentes que frecuentaban su salón. Se asegura que fue ella, durante muchos años, el solo maestro de sus hijos: el éxito que obtuvo de su enseñanza es bien conocido, pues de ese hogar cariñoso salieron inteligencias que han honrado a la república: Ventura Marín, el escritor y filósofo austero que consagró su vida a la meditación y al estudio; Francisco; orador de mérito y hombre público de acrisolada virtud; Mercedes, una de la poetisas mas inspiradas y fecundas de América.

La reconquista española ofreció a Luisa Recabarren la oportunidad de dar a conocer las dotes admirables de su corazón; ante el triste espectáculo que ofrecía la ruina de la gran- diosa obra de nuestra independencia, ella no se abatió un solo instante; tenía profunda fe en el resultado final de la empresa, y cuando todo parecía perdido, Luisa aseguraba que era imposible volver a esclavizar a un pueblo que había probado, siquiera por una hora, las delicias de la libertad. Sería cuestión de más sacrificios y de más sangre, pero nunca se lograría borrar del corazón del pueblo el ideal de su independencia. En octubre de 1814, cuando los españoles victoriosos perseguían a los patriotas como el tigre persigue a su presa, Marín se vio obligado a ocultarse en un asilo retirado. Luisa siguió viviendo en su casa; pero por la noche se deslizaba sola por las sombrías calles hasta llegar al apartado rincón en que se ocultaba el ilustre patriota. Algunas rápidas horas de felicidad dulcificaban

los pesares de aquel noble infortunio. Sin embargo, estas entrevistas, tanto más adorables cuanto que eran arrancadas al peligro, no pudieron repetirse mucho, y Marín decidió emigrar, como tantos otros, al otro lado de los Andes.

Luisa Recabarren tuvo que luchar desde entonces con una doble adversidad: la completa falta de recursos (sus bienes estaban confiscados por el gobierno español), y el golpe dado a su corazón con la ausencia de su esposo; pero los espíritus heroicos recobran nuevos bríos en medio de las grandes desgracias. Desafiando todos los peligros que la amenazaban, Luisa comunicaba a su esposo los acontecimientos políticos que podían interesar a los planes de los *emigrados*, recibiendo de él igual retribución. Cada vez que una carta de Mendoza llegaba a sus manos buscaba cautelosamente a los patriotas o los reunía en su casa para darles cuenta de lo que su esposo le refería, reanimando así el abatido espíritu de algunos.

La propaganda de esta mujer animosa no tardó en llegar a los oídos de Marcó; se la supuso en correspondencia con Manuel Rodríguez, porque entre los papeles de éste, capturados en Melipilla, se citaba a la señora Recabarren «como una, de las personas que se encontraban presentes a la lectura de cierta carta circunstanciada de San Martín». Marcó creyó que la clave con la cual podría descifrar los nombres de las personas comprometidas en estas correspondencias, se encontraba en poder de Luisa Recabarren, (y parece que lo estaba realmente), y exigió de ella la entrega de ese importante medio de desbaratar la revolución; pero todas las amenazas fueron inútiles. A fin de doblegar su carácter se la condujo presa al Monasterio de las Agustinas, el 4 de enero de 1817, mientras se seguían los trámites de su proceso.

La hermosa prisionera debió sufrir amargamente en su encierro, pues en esos asilos monásticos se conservaba poderoso el viejo espíritu feudal de la colonia. Las revoluciones del pensamiento se estrellan siempre al pie de

estos muros inamovibles sin que logren conmoverlos, como se estrellan las olas del océano contra las grandes rocas.

Pocos días después, el 12 de febrero, la señora Recabarren salía triunfante de su prisión; la república había vencido a la colonia y Luisa podía ver realizado su ideal de patria. ¡Grandiosa época! ¡Cuán dignas de ser amadas, de ser adoradas de rodillas, eran aquellas nobles mujeres, que, olvidándose de que eran esposas y madres, se inspiraban solo en el amor a la patria! Así, con el ejemplo de su heroísmo, engrandecían la familia e inculcaban en el alma de aquella generación la idea del deber y del sacrificio, hoy al parecer tan debilitada.

Capítulo 6

Agueda Monasterio

El 1° de abril de 1811, en medio del estruendo del motín Figueroa, tenía lugar en el teatro mismo de los sucesos una escena dramática y conmovedora: una dama distinguida, una mujer hermosa y joven todavía, que olvidándose completamente del peligro que corría se lanzaba en medio del combate. ¿Cuál era la causa de tan heroica acción? Era una madre que buscaba a su hijo a quién se suponía herido o agonizante entre los combatientes.

Esa mujer valiente y abnegada, esa verdadera madre, se llamaba Águeda Monasterio de Lattapiat. Era oriunda de una antigua familia colonial y esposa de un hombre distinguido, don Juan Lattapiat, brillante oficial francés que había servido con gloria en la reconquista de Buenos Aires, a las órdenes de Liniers.

Tal fue el primer hecho público en que se dio a conocer el carácter de esa mujer que más tarde había de ser una de las glorias femeninas de la revolución de la independencia.

Águeda Monasterio tenía 35 años a la fecha del suceso que acabamos de narrar, y era una figura noble, llena de altivez y de energía. Estrechamente unida a las ideas de su esposo se había lanzado a servir a la revolución en la esfera que le era posible: la espada del marido era terrible y prestigiosa, el carácter de la esposa tenía también la firmeza y resistencia del acero.

Careciendo del brillo y de las comodidades de la fortuna, su labor había sido silenciosa, pero no por eso menos fecunda; educada en un hogar virtuoso y modesto, existía la más estrecha armonía entre sus hábitos e ideas: de aquí provenía su gran fuerza moral, su inquebrantable resolución ante el cumplimiento de un deber.

En su salón, modesto salón por cierto, no se reunía el mundo elegante sino esa sociedad más seria, más severa, que vive del trabajo y que debe

exclusivamente a él las comodidades y placeres de que disfruta. Esa sociedad constituía la fuerza democrática de la revolución; todos aquellos espíritus deseaban la independencia con la república.

En el centro de este grupo de obreros laboriosos se alzaba dominadora la señora Lattapiat; su talento, su carácter, sus virtudes y entusiasmo, le habían hecho naturalmente el jefe de aquella reunión de hombres austeros. Se asegura que su conversación embelesaba; expresiva, elocuente, llena de imágenes, comunicaba a los que la escuchaban el fuego de su alma. Al lado de esta mujer, o más bien al calor de su ardiente mirada, crecía su hija Juana, niña de 14 a 15 años, cuyo espíritu se abría a todas las emociones de esa vida tan agitada. Madre e hija trabajaban unidas, velaban juntas escribiendo sobre la pequeña mesa del salón o de la alcoba... ¿Qué escribían? Cartas de aliento a los emigrados, comunicaciones que podríamos llamar oficiales, sobre los más importantes sucesos del día, pues, a esa mujer varonil no solo se le confiaban los más importantes secretos, sino también las comisiones más difíciles y delicadas, comisiones que desempeñó siempre con un tino y acierto asombroso.

La influencia y la actividad de la señora Lattapiat alarmó al fin a Marcó, se la amenazó y se la vigiló con el mayor cuidado. Ella no acobardó un momento: entre su tranquilidad y el triunfo de la revolución se decidió por el primer sacrificio. Rodeada de espías se la sorprendió una correspondencia que dirigía a San Martín, que a la fecha se encontraba en Mendoza. A fin de arrancarle los grandes secretos de que era depositaria, Marcó la hizo encerrar en una inmundada prisión e intentó martirizarla cruelmente. Aquel afeminado cubierto de encajes, y cuya espada de oro jamás se manchó con sangre en los combates, era de una crueldad feroz. Se propuso arrancar a toda costa los secretos que se negaba a revelar su noble víctima y preparó el suplicio. Se elevó la horca en el costado norte de la plaza principal y se ordenó que antes de la ejecución, el verdugo cortara la mano derecha de la

niña Juana, por haber escrito con ella algunas de las correspondencias que le dictaba su madre.

Felizmente cuando el suplicio iba a consumarse, Marcó ordenó se suspendiera la ejecución. ¿Cuál fue la causa de este perdón inesperado? Hay quienes lo atribuyen a las influencias de algunos realistas y otros al temor de la indignación que semejante suplicio despertaría en un pueblo ya prevenido y pronto a lanzarse en la revuelta.

La señora Monasterio y su hija fueron conducidas silenciosamente a su casa por algunos amigos: .Ay! en vez de aquella mujer arrogante se les entregaba solo un glorioso cadáver!-La humedad del calabozo, las mil privaciones de que se la hizo víctima, las amenazas continuas, el sentimiento de ver perdida la causa de la patria, el patíbulo que se alzaba al frente de su prisión, el martirio brutal de que se iba a hacer víctima a su hija, toda esta enormidad de dolores abatió su naturaleza, y al salir de la prisión la señora Monasterio llevaba impreso en la frente el sello de la muerte. A pesar de ser una mujer joven todavía sus cabellos habían encanecido completamente; la pasión y el dolor habían echado sobre esa cabeza un blanco sudario Murió pocos días después; seis días antes de la victoria de Chacabuco. La naturaleza fue demasiado cruel con ella privándola de la dicha de presenciar ese gran triunfo.

Capítulo 7

Rosario Rosales

Ejemplo sublime de amor filial

Después del triunfo de las armas españolas sobre los ejércitos de la república, es decir, durante la reconquista, muchos de los hombres que habían tomado parte a favor de la revolución fueron condenados por Osorio a las prisiones o al destierro. Cuando las prisiones de la capital estuvieron repletas se recurrió a la deportación, eligiéndose como sitio predilecto el presidio de Juan Fernández situado en la isla inmortalizada por Crusoe. En ese lugar los sufrimientos eran mayores y la muerte más fácil: se moría silenciosamente y los nombres de las víctimas no podían despertar la compasión de nadie, pues se ignoraba el martirio. De esta manera se desarmaba también a la venganza.

Entre los condenados a la muerte del destierro en los presidios coloniales, se encontraba don Juan Enrique Rosales, anciano honorable, que había ocupado altos puestos públicos durante la república y que se encontraba enfermo, casi moribundo. Ese septuagenario tenía una hija joven y hermosa, llamada Rosario, la cual desde que supo el triste destino de su padre no vaciló en seguirle a su prisión, ligando para siempre su brillante porvenir al del autor de sus días. ¡No hay heroísmo igual a los veinte años! ¡No hay energía semejante a la suya para conseguir tan generoso intento!

La empresa, sin embargo, era mas ardua de lo que ella se había imaginado; creyó la cosa más natural que una hija siguiera a su padre a la prisión, pero no era así, se le prohibió acompañarle. Entonces la heroica joven se lanzó de puerta en puerta para obtener ese favor; el favor de cuidar de un viejo, ¡casi un cadáver! pero fue rechazada en todas partes.

¡Hermoso espectáculo el que ofrecía aquella mujer joven, adornada con todas las gracias del espíritu, con todos los atractivos de una figura encantadora, que perseguía con obstinación su propósito y no se desalentaba

ante las dificultades, las humillaciones y los mil peligros de su situación! Se presenta delante de todos los poderosos del día y les expone su exigencia; pero nadie la atiende. Suplica, exige, llora, se desespera, todo inútilmente. Hasta los lacayos le cierran el paso. No ha habido calvario igual al de esa joven.

Llega al fin el día de la partida, y los deportados son embarcados a bordo de la corbeta *Sebastiana*. Cuando la energía mas viril se hubiera doblegado ella no se desalienta un instante. Se presenta a sir Tomas Staime, comandante de la fragata inglesa *Bretona*, anclada en Valparaíso, y le ruega pida al capitán de la *Sebastiana* le conceda el favor de seguir a su padre. El marino se conmueve ante esa súplica tan noble y ante esa mujer tan bella y le promete obtener lo que solicita. El corazón castellano se dispone a la clemencia, no ante las lágrimas de la hija, sino ante la solicitud del poderoso marino. La joven llora de placer al saber que no se la separará de su padre.

Sin recursos de ningún género, no llevando consigo mas ropas que las que cubrían sus cuerpos (pues no era posible burlar la vigilancia española' y el gobierno prohibía estrictamente los auxilios de la familia) los desterrados se pusieron en marcha para la desierta isla. ¡Dos años habitó la joven con su padre un rancho expuesto a todas las intemperies del tiempo; dos años se alimentó con los frejoles de los prisioneros! Una noche un incendio redujo a cenizas su habitación y miserable mobiliario. Entonces continuaron viviendo al abrigo de las grandes rocas, a la sombra de los árboles, hasta que el triunfo de la revolución la condujo al seno de su familia. Aquel regreso debió ser una verdadera apoteosis a la virtud y a la perseverancia sin ejemplo de Rosario Rosales.

Capítulo 8

Mercedes Fuentecilla

Entre las mujeres hermosas de 1810, descollaba en primera línea Mercedes Fuentecilla³. Sus facciones eran delicadas y graciosas, su cutis blanca y purísima, sus ojos y cabellos negros; sus ojos especialmente eran la expresión de su alma, ardientes, apasionados, deslumbradores; era imposible mirarlos sin inclinarse ante ellos. A los encantos de su rostro unía la majestad de su figura. Como lo ha dicho María Graham, las mujeres de aquella época parecían reinas. El traje en boga, en que dominaba el desnudo; hombros y brazos descubiertos, aumentaba la belleza de las mujeres poniendo de relieve sus bustos.

El hombre más notable de entonces, José Miguel Carrera, se enamoró de esta mujer y la hizo su esposa. Ella, enamorada también y seducida al mismo tiempo por la brillante posición que se le ofrecía, unió su hermoso destino a ese genio del bien y del mal que debía lanzarla al través de todos los abismos y desgracias de su vida. Podría decirse que desde las gradas mismas del altar, sin despojarla aun de su blanco traje de novia, José Miguel Carrera condujo a su esposa al destierro, a los campos de batallas, y que las delicias de su luna de miel fueron los terrores y zozobras de los asaltos nocturnos y los gemidos de los moribundos.

Siguiendo a su esposo por toda la extensión de la inmensa pampa argentina, formando parte del bagaje de su ejército, corriendo todos los peligros de tan tremenda situación, dando a luz sus hijos en medio del desierto, sufriendo el hambre y la sed, -i ella que había nacido rodeada de todas las comodidades y halagos de la fortuna! -soportaba alegre y contenta tan terribles pruebas.

Jamás las molestias de su vida errante, la pérdida de sus goces materiales, de su fortuna, de su familia, de su encumbrada posición social, turbaron el sueño de esa heroica mujer; nunca sus labios dejaron escapar un reproche ni una queja. Enferma a veces, criando dos hijos, durmiendo entre dos cunas,

su alma solo sufría ante el incierto porvenir de esos niños y el sombrío destino de su esposo. Amaba a ese hombre desgraciado, a ese espíritu fogoso, a ese genio proscrito, con toda la fuerza del primer amor. Amenazada constantemente en su cariño por el recuerdo del doble patíbulo de Mendoza, en que perecieron Luis y Juan José Carrera, una secreta voz le decía que el mismo caería derribado a su sombra.



María Mercedes Fuentesillas de Carrera

Cuando tales ideas asaltaban su mente, su pasión se transformaba en locura, hubiera querido estrechar- eternamente entre sus brazos, aprisionándolo para siempre, a ese ser que se le escapaba, que huía en persecución de un ideal imposible.

Las exigencias de la lucha en que estaba comprometido Carrera separaron un día a los dos esposos; ella se fue a vivir en un rancho solitario mientras él seguía la serie de sus victorias y desgracias. Solo de cuando en cuando el

destino unía por una hora a los dos esposos. Entonces un rayo de sol descendía sobre la pobre habitación de Mercedes. Una noche, una de esas noches solitarias en que las pasiones profundas acuden de improviso un carácter violento e impetuoso, José Miguel Carrera vio en su pobre estancia una de esas apariciones que nos hacen soñar despierto. Era la esposa enamorada e impaciente que desafiando todo peligro iba a consolar el alma angustiada del guerrillero. ¿Cuántas veces se repitieron esas dulces sorpresas? Cuatro o cinco en el espacio de algunos años; aquellos corazones se comunicaban solo por el pensamiento. Las cartas de José Miguel Carrera a su esposa pasan de doscientas y en ellas se refleja la pasión y vehemencia que perdió a uno de los más ilustres y al más desgraciado de los chilenos.

Se cree que aquella mujer pudo hacer variar el destino de José Miguel Carrera disuadiéndolo de sus empresas temerarias; pero en el carácter dominante de este hombre se ve que tal empresa habría fracasado.

El amor obra prodigios indudablemente; pero Carrera jamás sacrificó al pie de ese altar el más insignificante de sus proyectos, la más pequeña de sus ambiciones. Ella lo comprendía demasiado y de ahí su silencio heroico; o tal vez no quiso jamás ser un inconveniente a la gloria de su esposo. Esas almas generosas son siempre así, prefieren el sacrificio completo de su vida, tranquilo, sublime, silencioso, Antes que la incertidumbre de hacer cambiar un porvenir, de ser un obstáculo a la gloria del hombre amado.

En sus cartas, en sus cartas amables y encantadoras, se dibuja algunas veces una queja; como se dibuja una sonrisa en el rostro de una mujer que sufre.-« ¿No seríamos más felices viviendo siempre juntos, educando a nuestros hijos, lejos de esta eterna zozobra?» No se atreve a más: parece que arrepentida de su falta de valor ante el cumplimiento de un deber se hubiera dicho:-«¿Por qué he de ser yo un obstáculo a su gloria? Dejémoslo seguir su destino por terrible que sea!»

Mientras tanto el desenlace de la tragedia se acercaba violentamente. En una de las raras visita? que Mercedes hacia a su esposo fue capturada por el

ejército argentino. La desgraciada había llegado al campamento chileno el día de la sorpresa de San Nicolás, la catástrofe que decidió del porvenir de Carrera. <Sorprendida y aterrorizada por el conflicto de aquel día, se había refugiado en la iglesia con las mujeres del pueblo; pero el general Quintana, que se pagaba de ser un gentil caballero, envió un ayudante a tranquilizarla, diciéndole-«que aquella no era guerra de damas.» -« Dos días más tarde el caballeroso Dorrego restituyó su bella cautiva al general chileno, enviándole con ella un cortés saludo- »⁴

Desde esa funesta sorpresa Carrera estaba perdido, y su esposa tan íntimamente ligada a él por el amor, era ya una viuda abandonada en país extraño, con cinco hijos pequeños, sin amigos y sin recursos. Carrera desesperado, impotente, llevando en su corazón el peso inmenso de sus desgracias, y en su cabeza el fuego inextinguible de su genio, se lanzó al desierto, a las tolderías indias, buscando aliados entre los salvajes de las pampas. Las tribus le proclaman Pichi-Rei. Emprende nuevas correrías; pero ya no de batallas militares; no tiene ejército; es solo el jefe de montoneras, de hombres desmoralizados. Así, de caída en caída, aquel hombre que realizó como político y como soldado verdaderos prodigios, llegó hasta el patíbulo de sus hermanos y murió como ellos en todo el vigor de su juventud, sin haber podido realizar sus gigantescos propósitos.

Algún tiempo después una mujer regaba con sus lágrimas esa tumba. Era Mercedes. Lo más tremendo para ella era no haber podido recibir el eterno adiós de los mismos labios de su esposo. Habría querido arrancar del fondo de la tumba aquel cuerpo idolatrado para darle un último y frenético abrazo. Para tranquilizarla fue necesario separarla violentamente de ese sitio y llevarla al hogar de sus hijos.

Capítulo 9

Las mujeres saben callar

A principios de 1817, cuando San Martín y los emigrados organizaban en Mendoza el ejército de los Andes destinado a libertar a Chile, había entre nosotros un hombre encargado de distraer la atención del gobierno, para que aquel ejército pudiera pasar la más elevada cordillera del mundo sin ser molestado. Ese hombre desempeñó de tal manera su empresa que se hizo un verdadero héroe de romance. Inició una guerra de tinieblas y de sombras; una guerra verdaderamente impalpable. Los españoles, a pesar de sus esfuerzos extraordinarios, no podían dar caza a ese ser misterioso, que los desorientaba con la rapidez de sus correrías y sobre el cual se circulaban las versiones más contradictorias. La mitad de la gloria del paso de los Andes se debe a Manuel Rodríguez; sin sus servicios el ejército libertador pudo haber sido despedazado entre los peligrosos desfiladeros de aquellas montañas, que solo permiten marchar uno o dos hombres de frente.

Marcó reconcentró toda su atención y todos los elementos bélicos de que disponía en destruir esta sombra que le atormentaba hasta en su mismo lecho; temía más al enemigo desorganizado del interior que al poderoso ejército que se reunía en la falda oriental de los Andes; pero, ¿cómo dar alcance a ese fantasma cuya sombra apenas se dejaba diseñar?

-Ayer ha pasado por aquí, decían los campesinos; iba al trote de su negro caballo; su blanca barba ocultaba su rostro. Era un fraile capuchino rodeado de penitentes.

-No, ayer estuvo en Santiago, decían otros; abrió personalmente la puerta de la carroza de Marcó y le ayudó a descender. Ha sido él: cuando ya había desaparecido, se han recordado los rasgos de su fisonomía.

¿Cómo no sorprender y capturar a ese misterioso genio del bien o del mal? La acción de aquel fantasma se dejaba sentir en todas partes; era una figura gigantesca que saltaba las zanjas, que cruzaba los bosques, pasaba los ríos a

nado o sobre los lomos de su infatigable cabalgadura; pedía hospitalidad en los conventos, en los ranchos o en los palacios; por la mañana estaba al frente de su montonera y por la noche bailaba *contradanza*, o *gavota* en algún salón de Santiago, y sin embargo, nadie le veía o más bien nadie quería verle, pues había un interés universal en ocultarlo.

Las mujeres eran detenidas en los caminos públicos por los soldados españoles que perseguían a Rodríguez, se les interrogaba si habían visto pasar a la sombra, se las amenazaba; pero jamás hubo una delación. Las más ignorantes campesinas compendian que esa visión servía sus intereses, que ese perseguido fantasma era un fantasma amigo.

Las grandes damas de Santiago eran arrastrarlas a las cárceles, San Bruno, el furioso agente de la tiranía agonizante, las amenaza e insulta brutalmente. Pero las más severas indagaciones, las más violentas pesquisas no descubrían nada. Todas las mujeres, señoras y plebeyas, se empeñaban en borrar con su pie la huella que dejaba en los caminos el infatigable guerrillero, y sin este admirable complot del silencio femenino la espada invisible de Manuel Rodríguez no habría podido señalar a los libertadores la seda de la victoria.

Manuel Rodríguez ocultó a Marcó el paso del ejército libertador; pero a su vez las mujeres de entonces ocultaron, al héroe; y con su silencio hicieron de él un personaje' casi misterioso o fantástico.

Capítulo 10

Paula Jara Quemada

En la tarde del 19 de marzo de 1818, San Martín, rodeado de algunos oficiales y soldados, se internaba por el valle del Maipo con Dirección a Santiago. El aspecto del general y de su tropa era el del abatimiento; una nube de tristeza y de duda cubría aquellas fisonomías varoniles. Era la tristeza de la derrota que el ejército patriota acababa de sufrir en Cancha-Rayada.



Paula Jara Quemada

De improviso el general es detenido en su marcha. Un extraño grupo de jinetes le intercepta el paso, y una dama, montada sobre un brioso caballo, una verdadera amazona, le dirige la palabra ofreciéndole ese grupo de

bravos para reemplazar las bajas que la derrota acababa de hacer en sus filas.⁵

Esa inesperada aparición femenina era la señora doña Paula Jara Quemada, dama opulenta, entusiasta, patriota, que al tener conocimiento de la desgraciada sorpresa que había sufrido el ejército chileno reunió a todos los inquilinos y capataces de su hacienda de Paine y poniéndose a la cabeza de ellos con sus hijos e hijas salió al encuentro de los vencidos alentándolos con el ejemplo de su valor y abnegación.

Y no era solo ese pequeño contingente de hombres el que la señora Jara Quemada iba a ofrecer a los vencidos, sino también todos los víveres de su hacienda, la magnífica caballada y las espaciosas casas de Paine, que fueron transformadas en el cuartel general del nuevo ejército que se reorganizó.

Días antes de la escena que acabamos de narrar, el espíritu de aquella mujer extraordinaria se había presentado, en toda su grandeza revelándose la fuerza de su patriotismo y abnegación.

Una tarde, al caer ya la noche, ve llegar a su casa de Paine a uno de sus más estimados y antiguos amigos que venía a pedirle hospitalidad. Era un patriota perseguido que buscaba un asilo seguro en aquella casa perdida entre las fragosidades de un mal camino y oculta entre las tupidas arboledas de un antiguo parque; un niño de seis años acompañaba al errante viajero.⁶

La señora Jara se conmovió ante aquel noble infortunio, y sin pensar un instante en los peligros que tal huésped podía traerle, le ofreció la generosa hospitalidad que acostumbraba.

Urna mañana ve llegar la señora Jara una partida de soldados españoles; creyendo se presentaban, en busca del patriota que ocultaba, se lanza fuera de su casa acompañada de su servidumbre, resuelta a impedirles el paso.

Los soldados no buscaban a nadie; ignoraban que allí se ocultaba un patriota; venían solo en, busca de provisiones.

-Queremos las llaves de las bodegas; dice adelantándose el oficial que mandaba la tropa.

-Las llaves no las entrego a nadie, contesta la altanera dama; si usted quiere provisiones las tendrá en abundancia, pero le prohíbo penetrar en mi casa. Yo sola mando aquí.

El oficial encolerizado ante aquel obstáculo mandó a su tropa hacer fuego; pero la heroica mujer se precipitó sobre ellos llegando a tocar con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. Los soldados vacilaron asombrados ante aquel heroísmo.

El oficial desconcertado ordenó entonces el incendio de la casa.

La señora Jara señalándoles el fuego que ardía en el brasero les dice:

-Ahí tienen Uds. el fuego.

El oficial ordenó a su tropa la retirada; tal vez repugnaba a su espíritu sacrificar a esa mujer varonil.

Terminada la guerra de la independencia la señora Jara se dedicó exclusivamente a la práctica de la caridad. Fue uno de los espíritus mas abnegados de su época. Después de haber contribuido a la libertad de su patria trataba de libertar a los oprimidos de la miseria.

Capítulo 11

Manuela Rozas

Se ha dicho con justicia un gran timbre de honor para esta ilustre mujer el hecho de que perteneciendo a una familia compuesta casi en su totalidad de realistas, se mostrara sin embargo una de las patriotas más vehementes y exaltadas de la época; pero es preciso recordar que era sobrina de Juan Martínez de Rozas, y que las ideas de este hombre eminente sedujeron a la entusiasta joven, arrastrándola del lado de la revolución, cuya causa abrazó sirviéndola siempre con abnegación y valor.

Esta resuelta actitud tenía entonces una importancia que hoy no se puede calcular, sino recordando que el realismo-o sea la contra revolución-tenía en cada familia, por no decir en cada casa, un abogado sincero y ardiente que combatía las nuevas ideas y predicaba la resistencia. Por amor a Fernando VII- más que a la monarquía, a la España o al régimen implantado en las Colonias-el realismo conservó siempre un poder extraordinario de resistencia. Fernando VII fue tal vez el monarca español más querido entre nosotros, como que fue el más combatido; se le amaba por su desgracia, su debilidad y el despojo de que se le había hecho víctima. A tres mil leguas de distancia, aquellos golpes al monarca llegaban precedidos de un eco de compasión que resonaba con fuerza en el sensible corazón de las mujeres. De ahí, del fondo de ese sentimiento generoso, sacaban los realistas su mayor fuerza.

La mujer ha sido siempre en semejantes ocasiones la palanca impulsiva o repulsiva de los acontecimientos; ha detenido o precipitado los sucesos según el impulso de sus ideas o a medida que su corazón ha latido con más violencia o con más calma. Influyente y dominadora en el hogar, una lágrima o un suspiro le ha bastado muchas veces para desbaratar las empresas mejor combinadas; deteniendo amorosamente en su lecho al esposo comprometido en el complot o pintando, con esa sencillez y ternura

encantadora de que ella sola posee el secreto, el desamparo de los hijos y la sublimidad de los deberes de la familia sobre todos los demás. Fácil es, pues, dejarse arrastrar por esas suaves corrientes del afecto.



Manuela Rozas

Bajo este punto de vista son doblemente dignas de admiración las mujeres que como Manuela Rozas se lanzaron con energía a una empresa arriesgada, desoyendo las observaciones y los ruegos del cariño, de las preocupaciones o del egoísmo, y no escuchando sino la voz de su corazón.

La señora Rozas prestó a la causa de la independencia no solo la valiosa cooperación de sus trabajos personales, de la influencia de su nombre y de sus relaciones, sino también de su fortuna. Entre nosotros-hemos oído repetirlo siempre-es muy fácil encontrar héroes dispuestos a dar por la patria su sangre, pero es muy difícil encontrar quienes le den su dinero. La señora Rozas llevó ambas ofrendas al altar de la revolución.

Los trabajos de nuestra heroína fueron al fin conocidos del gobierno español: ella no hacía misterio de sus ideas ni se ocultaba para propagarlas, como hoy es de moda. Se la amenazó con castigarla severamente sino observaba otra actitud. Su respuesta arrogante a esta primera amonestación de la tiranía se hizo popular:

« ¿Intentáis castigarme porque amo a mi patria? Podéis hacer lo que queráis, pero jamás lograreis extinguir en mi corazón ese sentimiento. »

Desde entonces se la espío con la más estricta vigilancia. Los agentes españoles registraron muchas veces su casa en busca de supuestas correspondencias o de algunos refugiados sospechosos. Se suponía también que existía oculto un considerable depósito de armas, de que se aprovecharían los patriotas en la primera oportunidad.

Hasta en el último año de su vida, en vísperas de su muerte, celebró el aniversario de Chacabuco, y era sublime ver levantarse en un extremo de la mesa de la familia, a esa anciana gloriosa que pronunciaba un brindis en homenaje a aquella fecha inmortal.

Capítulo 12

María Cornelia Olivares

No fue Santiago el solo centro de la revolución en que la mujer desempeñó un heroico papel: María Cornelia Olivares, a quien podríamos calificar de el *tribuno femenino* de la independencia, nació en Chillan, y ejerció en su ciudad natal una influencia benéfica. Para comprender a esta mujer es preciso recordar que nuestras provincias del sur fueron no-solo el teatro de las luchas más sangrientas de la revolución, sino también el centro en que los realistas poseían adhesiones más poderosas.

María Cornelia Olivares no era en 1817, época de su más activa propaganda, una mujer joven, pero era una mujer hermosa todavía. Hablaba con una facilidad extraordinaria, era casi elocuente; su fisonomía movible y expresiva contribuía a dar a su palabra un colorido verdaderamente seductor. En los salones se la buscaba para oírla; era vehemente, fogosa y de una audacia temeraria. Predicaba en todas partes, basta en la plaza pública, el odio a los extraños opresores de la patria, y exhortaba a todos a la lucha, sin temer las consecuencias a que tal conducta podía arrastrarla. «Hombres y mujeres, decía, deben tomar las armas contra los tiranos. La libertad a todos beneficia, todos deben amarla y defenderla.» Parecía a veces una mujer iluminada, encargada de alguna misión providencial como Juana de Arco.

Los españoles alarmados con la propaganda de este adversario, poderoso por su misma debilidad, la amenazaron con encerrarla en una prisión sino guardaba silencio; se la prohibió salir de su casa. Puede decirse que la autoridad fue amable y cortés con ella, tal vez a consecuencia de antiguas relaciones y parentescos con realistas influyentes. Ella despreció todos los peligros y un día se lanzó a la plaza a predicar la revolución.

La amable condescendencia de la autoridad terminó ese día, y para castigarla se meditó una burla cruel. Era algo característico de aquella tiranía su persecución a las mujeres y su empeño tenaz por ridiculizar a todas las

que por su heroísmo y entusiasmo podían interesar a la multitud y arrastrar prosélitos. Se creía tal vez que el ridículo en política como en literatura era una arma mortal cuando se esgrimía contra la mujer. María Cornelia Olivares fue, pues, reducida a prisión; se la condujo de su casa a la cárcel con gran aparato, y se la insultó brutalmente por el camino. Un grupo de pueblo que trató de seguirla fue dispersado por la tropa. En el interior de su prisión le raparon el cabello y las cejas, y a fin de envilecerla, la exhibieron en la plaza pública de Chillán, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Esta cobarde violencia hizo de ella una heroína y una mártir, las dos formas más hermosas de la gloria. El pueblo, que la admiraba por su valor y patriotismo, la adora desde entonces por su martirio. Los españoles aseguraban que se había vuelto loca y que al cortarles los cabellos gritaba y aullaba furiosa. El hecho es completamente falso. Esa mujer sublime no pronunció una sola palabra durante su martirio; su actitud fue altiva y desdeñosa, y solo cuando algunos soldados se burlaban de ella en la plaza pública, les contestó estas palabras: -"La afrenta que se recibe por la patria en vez de humillar engrandece."

Si, decía la verdad! María Cornelia Olivares fue una heroína, una mártir, una inmortal. O'Higgins, por decreto de 2 de diciembre de 1818, la declaró *ciudadana benemérita de la patria*. La afrenta la había glorificado.

Capítulo 13

Candelaria Soto ⁷

En un hermoso fundo de campo situado cerca de la ciudad de Concepción, vivía en 1817 el anciano don Mauricio Soto, ciego y achacoso, casado con la señora doña Manuela Guzmán. Al lado de ellos vivía su hija Candelaria, que a la edad apenas de diez y siete años formaba el orgullo y las delicias de sus padres.

El gobernador español de la ciudad de Concepción conoció a esta joven notable por su hermosura y cuya gracia y discreción era superior a su belleza, y se enamoró de ella.

Hombre sin escrúpulos y de pasiones verdaderamente brutales, creyó alcanzar sus pretensiones dominando por temor esta desgraciada familia. A fin de realizar sus propósitos hizo llamar al señor Soto a la ciudad de Concepción; pero siéndole imposible cumplir con dicha orden por el estado de su salud, mandó a su esposa acompañada de su hija.

Inmediatamente se presentaron al gobernador, quien haciendo la más seductora cortesía a la bella joven, reconvino a la madre sobre que su hacienda era asilo de patriotas, donde se reunían a tertulias.

Contestó la señora Guzmán que tal acusación era falsa y aun casi imposible, estando la habitación retirada de los caminos reales.

Después de varias otras observaciones el gobernador se dirigió a doña Candelaria, diciéndole:

Y vos también sois patriota? He aquí una lástima en una joven tan bella (tomándole la mano).

-Señor, dijo la joven, habiendo mi madre justificado su conducta no creo que debo dar cuenta de mis ocultos pensamientos.

-Señora, añadió el intendente, dirigiéndose a la madre de Candelaria, esta insurgente es tan linda como obstinada. Aquí no hay más remedio, sino que

la habéis de dejar dos meses en mi poder, y yo la convertiré; este es negocio que corre de mi cuenta.

La señora ofendida e indignada por tanta infamia dirigió un insulto al gobernador, mientras la joven le decía:

-Yo os juro que solo con la muerte me arrancareis del lado de mi madre.

-Está bien. Aguardad mis órdenes en vuestra casa.

Esta escena convenció al gobernador que doña Candelaria era inaccesible a la seducción, y que la juventud sostenida por la razón, es la edad de las virtudes. Pero aun faltaba otra gran prueba: esta era la del *tribunal de infidencia*, en que parecía imposible que una joven de diez y siete años, pudiera luchar con el aparato y realidad de esas crueldades, a cuya vista temblaban los hombres más valientes. Reunióse en su palacio este espectro de tiranía, y en el silencio de la noche y con todo el aparato del terror, hizo conducir de su casa a la magnánima joven con su madre; y después de dejarla considerar por un rato el horrible espectáculo de aquellas furias se hizo entrar a un letrado, confidente del gobernador, quien del modo más grosero y aparentando que no veía a su víctima, le dijo:

-Venga acá la traidora del rey y desertora de su bandera

-Soy una niña que nunca he salido del lado de mi madre, dijo ella, para que imputéis faltas que solo podrían cometer los que manejan los negocios políticos.

-Serviréis de escarmiento, contestó el juez, para que sepan los insurgentes que no hay sexo, edad o condición que los exima de su delito. Idos y esperad mis.

En efecto, al día siguiente una partida de caballería al mando de un oficial se presentó en su casa. Era la hora de la comida y la familia se encontraba alrededor de la mesa.

-Busco a doña Candelaria Soto, dijo el oficial entrando.

-¿A doña Calendaria o a su madre? respondió ésta sobresaltada.

-Imponeos de este pliego y cumplid sus órdenes.

La angustiada madre tomó el pliego leyólo y se quedó se inmóvil.

Contenía la orden de encerrar a la joven en la fortaleza de *Penco*: un subterráneo profundo y pantanoso en el cual apenas se encerraba por quince días a los mayores criminales.

-Mi hija no irá sola a esa prisión, dijo la madre, yo la acompañaré.

-Tengo orden de conducirla sin otra compañía que la de mi tropa, respondió el oficial.

-Pues yo sabré burlar tanta infamia, dijo Candelaria tomando de la mesa un cuchillo para darse la muerte.

El oficial, a pesar de su dureza, sintió el predominio que tiene la inocencia y la hermosura en los momento; de su dolor y manifestándose algo conmovido accedió a que la madre acompañara a la hija.

Diez y siete días vivieron sumergidos en el terrible calabozo, hasta que el oficial y los soldados de la guarnición no pudiendo resistir a la compasión que les causaba esa horrenda venganza las dejaron huir.

Capítulo 14

Antonia Salas

El ángel de la caridad

Si alguna vez necesitó Chile que el ángel de la caridad y del consuelo extendiera sobre él sus alas protectoras, fue durante los años de la guerra de la independencia. Había entonces un país extenuado por una lucha sangrienta e interminable, una población de viudas y de huérfanos, de harapientos y de inválidos, un pueblo que sufrió todas las grandes desgracias que impone el cumplimiento de los santos deberes.

En medio de esas horas de angustia apareció una mujer animosa, uno de esos espíritus celestes creados exclusivamente para el bien; una de esas mujeres que tienen alas y que llevan consigo, como una atmósfera propia, ese encanto irresistible y misterioso que hace nacer la dicha en los corazones desgraciados, y brotar la fe; en el alma incrédula. Esa mujer se llamaba Antonia Salas.

Tenía a la fecha, en 1810, veintidós años. Sin ser una mujer hermosa era una mujer agradable, lo que vale más que la hermosura sin expresión. Su fisonomía era dulce y triste; parecía que los sufrimientos de la humanidad se reflejaban en ella.

La infancia de esta joven se había deslizado en medio de los más nobles ejemplos de abnegación; hija de un hombre que había sido uno de los grandes benefactores de la colonia, don Manuel Salas y Corvalán, fundador del hospicio de Santiago, acompañaba diariamente a su padre a las visitas que hacía a los establecimientos de caridad, a las cárceles y presidios.

En esa noble escuela su corazón se retempló con el ejemplo y con los sufrimientos, y aceptaba la vida por su faz más elevada y generosa.

Su corazón sensible a todas las desgracias, palpitaba también entusiasta por las ideas de libertad que dominaban; hija de una familia de patricios, de revolucionarios y de mártires, sufrió todas las consecuencias de su posición.

Su padre y su esposo gemían en los calabozos o el destierro y ella los consolaba, les procuraba recursos y lo que valía más en aquella época, les comunicaba por medio de esos ardidés ingeniosos, en que son tan hábiles las mujeres, el verdadero estado de la, revolución.

La época de la mayor personalidad de la señora Salas fue, sin embargo, posterior a la independencia, y si la liemos consignado entre las mujeres ilustres de aquella época ha sido por haber iniciado entonces su vida de abnegación.

No hubo desde 1815 hasta hace apenas veinte años, una sola calamidad pública en que no figurara la señora Salas repartiendo su fortuna organizando suscripciones, cuidando a los apestados o a los heridos, comunicando a todos el aliento de su grande alma.

En la epidemia de viruelas que diezmó a Chile en 1830, la señora Salas transformó su chacara de San Rafael en un hospital de variolosos, de que ella se hizo la directora. Sus hijos vivían en las salas contiguas a los enfermos. El egoísmo del amor maternal no lograba debilitar su caridad. Sacrificaba no solo su vida sino también de sus afectos más íntimos y profundos, en obsequio de sus semejantes.

En el terremoto de 1822, la señora Salas habitaba las casas de Popetas. Inmediatamente después de la catástrofe, su primer arranque fue ir en auxilio de las personas que podían necesitar de socorros; pero entre los escombros de su mismo hogar tenía una víctima, uno de sus hijos más queridos que exhaló en sus brazos el último suspiro.

La acción de esa mujer se hacía presente en todas partes: en los lúgubres días de las guerras civiles, después de la batalla de Loncomilla, no pudiendo prestar personalmente sus servicios, por encontrarse enferma, envió a sus hijas a los hospitales de sangre para que cuidaran de los heridos mientras ella organizaba recursos en Santiago.

Jamás se vio entre nosotros una fe más ardiente. Era una de esas mujeres que hacen el bien sonriendo, que se deshacen de sus joyas, de todas esas

queridas frivolidades tan necesarias a las mujeres, a trueque de enjugar una lagrima! No pertenecía a ninguna secta: ni era propagandista de aguas divinas ni de reliquias milagrosas. Hacia el bien a católicos y a herejes sin preguntarles sus creencias sino sus males. Por eso cuando murió todos los hogares de Santiago donde había viudas y huérfanos, se cubrieron de luto.

Capítulo 15

El gran día de O'Higgins

El 5 de abril de 1818, mientras se libraba en los llanos de Maipo la batalla más reñida y tal vez la de mayores consecuencias para los destinos de la América. Santiago ofrecía el aspecto más sombrío; la fisonomía de la ciudad se asemejaba a la de un reo en capilla. Esperaba ver entrar por momentos a los vencedores o a los vencidos. La ciudad estaba desierta, solo habían quedado en ella las mujeres y los niños, los ancianos y los heridos; -¡los gloriosos heridos de Cancha Rayada!

Como un contraste misterioso, la naturaleza sonreía: el cielo estaba azul, puro, transparente; un sol ardiente lo iluminaba todo. Era el espléndido sol de Maipú. «Las aves-dice un testigo de aquel día-cantaban como de costumbre en los huertos, y el perfume de los naranjos en flor embalsamaba la brisa.» Si, la naturaleza sonreía como que ella sola poseía el secreto de ese día, el secreto de nuestros destinos.

O'Higgins acababa también de abandonar la ciudad. Dormido por la terrible fiebre que le causaban sus heridas y los continuos insomnios de sus noches de trabajo, y más que todo tal vez por el sentimiento de no ser útil a la patria en ese gran día, no había podido sofocar su ardor y saltando sobre su caballo de batalla se dispuso a salir de la ciudad. El pueblo asombrado rodeó al héroe. No había entre esa animosa pero impotente muchedumbre un solo brazo aprovechable en aquellos supremos momentos. Los viejos soldados cubiertos de heridas lloraban de impaciencia; los cadetes, niños de diez a once años, pedían a gritos se les condujera al lugar de la batalla; las mujeres, más violentas que los hombres, pedían armas. Ah! las mujeres, olvidadas en ese instante de su debilidad, rodeaban a O'Higgins y le comunicaban la fiebre de su delirio. Entre esas mujeres había muchas de elevada posición social. Al fin O'Higgins se puso en marcha rodeado de sus cadetes. Quería llegar oportunamente para presenciar la apoteosis de la

victoria o morir en medio de sus viejas y gloriosas legiones. Más de una de esas mujeres al ver partir a los soldados infantiles que rodeaban a O'Higgins se inclinaron hacia ellos para besar su frente.

Eran los adioses de las madres. Momentos después se escuchaba en Santiago el ruido lejano de la batalla. Todos los corazones palpitaban violentamente dominados por la más terrible ansiedad. Las mujeres oraban. ¿Aquella oración suprema llegó hasta el trono del Dios de las victorias?

Capítulo 16

El último cañonazo de Maipo

Vicuña Mackenna asegura en su magnífica descripción de la batalla de Maipo, que el último cañonazo del último de los episodios de ese gran combate fue disparado por una mujer heroica y desconocida.

Ese acto extraño, único en las batallas, fue motivado por el empecinamiento del cuadro del batallón Burgos que se resistía a rendirse. El general Freire, que fue el primer sableador de su época, había cargado varias veces sobre esa tropa de imponderable valor, pero los viejos castellanos «erizaban sus bayonetas sobre el pecho de lo; caballos y quedaban sólidos y silenciosos como una barrera de peñascos».

Esos soldarlos no habrían sobrevivido a su derrota, si Rodil, que tan célebre se hizo después en el sitio del Callao, no los forma en columna y se retira con ellos. Cuando los soldados se pusieron en marcha, una campesina de la hacienda de Espejo puso a los fugitivos en confusión, con un rasgo casi increíble de patriotismo y de valor.

Desfilaba la columna española por el sendero que de las casas de Espejo conducía al camino real de Melipilla-dice aquel historiador-cuando una mujer, una huasa joven todavía y arrogante, notando que lo: acobarda dos artilleros habían abandonado por el cansancio de las cabalgaduras, un cañón cargado frente a su rancho, salió de su cocina con un tizón, arrimólo al estopín, y la metralla barrió la retaguardia de la columna en retirada.

La historia no ha conservado el nombre de esta mujer animosa como no conservó los de tantos otros héroes humildes a quienes la fosa común oculta para siempre junto con sus virtudes y sacrificios. ¿Esa mujer no refirió su hazaña a nadie que pudiera escribir su nombre sobre un papel? Tal vez lo hizo. Pero en aquella época heroica no se daba valor a tales hechos.

Capítulo 17

Las heroínas anónimas

Hemos narrado a la ligera la historia de algunas de las mujeres que sobresalieron en la época de la independencia por su entusiasmo generoso, sus sacrificios heroicos, sus servicios a la revolución, su virtud y abnegación por la familia o el cumplimiento de un deber cualquiera; pero aun quedaría mucho que referir si nos propusiéramos contar también todos los actos de abnegación ejecutados por mujeres desconocidas, pero no por eso menos meritorios. Había entonces un mundo de sacrificios y de esfuerzos tanto más dignos de admiración cuanto que no tenían ni la recompensa de la gloria. Trataremos de narrar algunos.

* * * *

Se sabe que después de la derrota de Rancagua el degüello fue espantoso. Aquella resistencia heroica que un puñado de hombres hacia a todo un ejército, había desesperado a los españoles; por eso cuando destruyeron los últimos obstáculos y entraron en la noble y vieja ciudad, iban ebrios de venganza y dominados por ese sentimiento de placer bestial que caracteriza a las soldadescas desmoralizadas.

Las mujeres aterrorizadas ante aquellas hordas se refugiaron en la iglesia de San Francisco; pero los vencedores la invadieron a caballo. El vértigo de la sangre y la lujuria cegaba a los soldados. Los niños eran degollados y las mujeres violadas. El presbítero Laureano Díaz refiere en su relación de aquellos sucesos que una linda joven era desnudada y violada en medio del templo! una mujer murió de vergüenza, y de horror; otras supieron matar a, los miserables con sus propias armas; pero la mayor parte de las mujeres murieron asesinadas, pues prefirieron el martirio a la ignominia. En mujeres tan creyentes como las nuestras, aquella doble profanación de la virtud y del

templo debía anonadarlas de espanto. La indignación hizo prodigios. Una niña de nueve años enterró un puñal en la garganta de un soldado que insultaba a su madre. Los niños, cuando se indignan, tienen a veces las fuerzas de los gigantes.

* * * *

El 25 de abril de 1814 los prisioneros de Juan Fernández agonizaban de hambre; los víveres se habían concluido y los pocos que quedaban se destinaban exclusivamente para la guarnición. En ese día los prisioneros reunidos en una asamblea de hambrientos, elevaron al gobernador una solicitud pidiendo para su mantención un caballo moribundo. El gobernador despachó favorablemente la solicitud pero... al día siguiente. Había esperado que muriera el caballo.

Ese mismo día, el 23 de abril de 1814, una madre de tres niños, viéndolos en peligro de morir de hambre, decidió ahorcarse para que su cadáver pudiera alimentarlos. Había ya colgado un cordel de una corpulenta encina cuando estremecida a la vista de un niño de pechos que alimentaba con su seno y que fallecería infaliblemente, comenzó a vacilar en el acto de su fatal ejecución. Esta perplejidad dio lugar a que fuera encontrada y retraída de su atroz designio.

* * * *

Todos los grandes sentimientos tornaron en la época de la independencia un vuelo gigantesco. Las mujeres no sólo se sacrificaban por la patria sino también por el amor. Amaron entonces como no parece no han vuelto amar después. He aquí un rasgo:

Un recién casado fue arrancarlo violentamente de su lecho para ser conducido a Juan Fernández a bordo de la corbeta *Sebastiana*, que conducía

a muchos otros reos.- ¡Reos del crimen de querer tener una patria!- La joven esposa, fuera de sí, loca de dolor, se lanza sobre un caballo para alcanzarlo; pero su debilidad era muy superior a los esfuerzos de su amor: llegó, pero llegó cuando su esposo estaba ya encerrado en la corbeta. Al apearse del caballo una violenta fatiga la hace caer desmayada; se la restituye a la vida; pide y consigue un bote; ruega y apresura a los remeros; llega a la corbela y ahí con cuanto tiene de expresivo el dolor y de sensible el amor y la hermosura, llora y clama por- que se le permita acompañar a su esposo o por lo menos decirle el último adiós. ¡Era imposible! La joven desesperada se lanza al mar y hubiera perecido ahogada si un humilde y abnegado pescador no consigue salvarla. Uno de los prisioneros políticos de Juan Fernández ⁸ refería después a su hija en una melancólica y tierna carta, que todas las tardes veía al héroe de esta narración a la orilla del mar, sentado sobre una roca, contemplando el retrato de su esposa y perdiendo después su mirada en el espacio infinito que lo separaba de ella. Es posible, agregaba, que ese peñasco sea el mismo donde el amante de Julia y compañero de Anson recordaba tantas veces las tiernas memorias del Valais!

Capítulo 18

A las mujeres

(Final)

Seríamos afortunados si las mujeres que lean este libro sintieran palpitar su corazón de simpatía por algunas de las heroínas que en él figuran. ¡Esas mujeres abnegadas que sacrificaron en obsequio de una gran causa todos sus goces y todos sus afectos-hasta los de la familia-bien merecen un recuerdo!

¡Jóvenes! si alguna vez llega para la patria un momento supremo como el de 1810, imitad a las mujeres de entonces. Ellas no estaban preparadas como vosotras por la educación, y sin embargo, el peligro las encontró vigorosas y sonrieron en su presencia, como los Ángeles sonrían ante la muerte. No tenían una patria y la crearon. Ellas hicieron un héroe de cada hombre.

¿Cómo realizaron tantos prodigios?-Tenían corazón; esto es, tenían fe y entusiasmo. Entre vosotras no han existido grandes literatas, ni grandes damas, sino mujeres de corazón. La historia del gran mundo santiaguino no recuerda que haya existido jamás un abanico o un corsé célebre; nuestro *Versalles* ha sido *Las Cajas* y allí no se tiene memoria desde Cano de Aponte hasta Marcó, de que una dama santiaguina haya dado un nombre a un peinado, a un descote o siquiera a una cola de vestido. Nuestras mujeres han brillado solo por la grandeza de sus sentimientos; y es ese el gran libro heráldico que da derecho a la nobleza. Conservad vuestro corazón, no importa que no conservéis vuestra elegancia ni el gusto refinado que os distingue, y seréis siempre la inspiradora y aun la iniciadora de los hechos sublimes.

Michelet, preguntábale un día a Ballanche, qué era la mujer-¿qué es?- dijo reconcentrándose un momento el viejo y místico novelista, ¡es la *iniciativa*!

En efecto, recorramos la historia de la humanidad y la de nuestro propio corazón, y veremos dibujarse en su fondo la mano o la sonrisa de una mujer que es la iniciadora de los grandes y pequeños actos.

¿Quién odia y quién ama como ella? ¡Sobre todo quien ama! El germen del amor universal, del amor de la familia, del amor de la humanidad, está en su corazón tan poderoso y fecundo hoy como hace diez mil años. Podrá llegar un día en que se extingan todos los sentimientos, en que no haya amistad, en que se odien los hermanos, en que los: mismos hijos miren indiferentes a sus padres; pero sobre la ruina de todos esos afectos se alzará puro e inextinguible el gran amor de la mujer: -el amor de la madre.

Por eso debemos engrandecer y elevar ese espíritu que contiene esencias tan inmortales y divinas.- ¿Cómo?-Alejándola de la vida frívola y perezosa, impidiendo que desde su infancia aje y marchite las flores de su alma, que se haga beata a los quince años y fanática a los veinte, y que, bajo la máscara adorable de un falso amor, se la haga instrumento del odio y de las pasiones de los hombres.

F I N

Biografía de Vicente Grez Yávar

Nacido en Santiago en 1847, realizó sus estudios de humanidades en el Instituto Nacional, después de algunos cursos elementales en el Colegio San Luis. Ingresó luego a estudiar leyes, pero su temprana vocación literaria le hizo abandonar la carrera, comenzando en 1868 su labor periodística para *El*



Charivari, publicación satírica de actualidad política en la que oficiaba de editor responsable. Además, colaboró bajo diversos seudónimos en diversas publicaciones como *La Linterna del Diablo*, con cáusticas sátiras en verso dedicadas a diversos personajes públicos.

Estas primeras actividades como periodista signaron el resto de su vida, contándose varios trabajos como redactor y editor de diversos medios de prensa, como *La Revista de Santiago*, *El Herald*, *El Nuevo Ferrocarril*, *La Época*, entre otras. Sin embargo, esto no le

impidió dedicarse también a otros quehaceres, entre ellos un cargo funcionario en la Dirección General de Correos y diputado suplente por Arauco (1882-1885) y por Taltal (1885-1888), departamento que seguiría representando hasta la revolución de 1891, año en que se desempeñaba como segundo vicepresidente de la Cámara de Diputados. Asimismo fue designado, en 1888, director de la Oficina Nacional de Estadística, cargo en el que permaneció hasta su muerte.

En sus primeros libros destacó un interés por divulgar la historia de Chile, publicando así sus novelas *Las mujeres de la Independencia* (1878), formada

a partir de retratos de varias mujeres gravitantes en el Chile de comienzos del siglo XIX, *La vida santiaguina* (1879), en la cual caracterizó algunos aspectos de la sociedad chilena del siglo XVII, y *El combate homérico* (1880), que narró los sucesos del Combate Naval de Iquique. En 1882 publicó *Ráfagas*, una colección de breves poemas que venía publicando en el diario *El Heraldo*, y después sus novelas *Emilia Reynals* (1883), *La dote de una joven* (1884), *Marianita* (1881) y *El ideal de una esposa* (1887), que gozaron de muy buena acogida entre el público lector y que han sido comparadas con la narrativa de Alberto Blest Gana. Páginas de su novela inédita *Jenio sin alas* se publicó en *La Revista Nueva* en 1900.

Fue también crítico de arte, llegando a fundar la *Revista de Bellas Artes* (1889-1890) y participar como secretario de la comisión organizadora de la presentación de Chile en la Exposición Universal de París de 1889, ocasión en que escribió el libro *Les beaux arts au Chili*. Su obra culminó con su particular visión de la época y de su territorio nortino en *Viaje de destierro* (1893).

Vicente Grez murió el 1 de junio de 1909.

¹ Amunátegui.-*Precursores de la Independencia*, tomo 3 Pág. 549.

² Don Gaspar Marín nació en 1772 y Luisa Recabarren en 1777.-ambos nacieron en la Serena.

³ Este apellido se ha transformado ahora en Fontecilla que llevan todos los descendientes de aquella familia.

⁴ Vicuña Mackenna *Ostracismo de los Carrera*. Pág. 302

⁵ Un distinguido artista chileno, don Nicolás Guzmán, autor del cuadro *La Muerte de Pedro Valdivia*, ha concebido la idea de trasladar a la tela esta grandiosa y sencilla escena. La señora de Jara Quemada, al frente de su pintoresco ejército y rodeada de sus hermosas hijas, hará el más encantador contraste al lado del otro grupo de soldados vencidos y desalentados que mandaba San Martín. Se verá ahí a la mujer comunicando al hombre su entusiasmo y su fe en uno de los momentos más supremos.

⁶ Ese niño se llamaba Manuel Montt, que más tarde había de ocupar los más elevados puestos de su patria.

⁷ Extractada de una de las cartas que el señor don Juan Egaña dirigía a su hija desde su destierro de Juan Fernández.

⁸ Don Juan Egaña.